
LOS PROYECTOS POLÍTICOS: UNA PROPUESTA PARA EL ESTUDIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN LA HISTORIA

Pablo Trejo Romo

En el ámbito de las ciencias sociales no existe duda en cuanto al *status* científico de la historia como disciplina. Este ha sido, en parte, producto de una constante renovación —sobre todo cuando a sus métodos de trabajo— iniciada hacia la tercera década del presente siglo, que le ha permitido aportar interpretaciones globales en las que son fundamentales la cuantificación y la comparación acerca del actuar humano en las sociedades. De tal manera que podemos decir de la historia, al igual que de otras ciencias sociales, que es una disciplina que ya no sólo describe sino también propone. En efecto, la historia y sobre todo lo que ahora ha dado por llamarse la nueva historia política, es una materia que se plantea y debe plantearse como un esfuerzo permanente por estudiar y explicar el acontecer histórico, en el ámbito de la política y de lo político; pero que también debe proponerse y se está planteando averiguar las soluciones del porvenir, es decir, el futuro. En este sentido, las aportaciones de la nueva historia política son cardinales para las ciencias sociales; en particular, para la ciencia política.

Empero, el desarrollo de la historia política como doctrina al igual que el desarrollo histórico no ha sido curiosamente lineal y progresivo. Durante el siglo pasado, la historia política ocupó un lugar predilecto en el conocimiento histórico. Desde el renacimiento hasta bien entrado el siglo XIX, la historia estuvo concebida principalmente como una historia política, diplomática y militar. Se le asignaba la tarea de reconstruir la evolución de los Estados y de sus gobiernos. Sin embargo, en este siglo la historia política fue relegada y menospreciada.

Hacia la cuarta década de este siglo, algunos autores de la escuela de los *Annales* consideraron que la historia política imposibilitada para alcanzar un *status* científico, porque se consideró no abandonada, justamente, su carácter de crónica y de narración, y continuaba teniendo como asuntos principales la revisión de las manifestaciones voluntarias de la actividad humana, a las cuales se les consideró y considera como meros hechos singulares y accidentales, no sujetos a la comprensión de lo colectivo y regular que debe caracterizar al análisis histórico.

Así también, la historia política dejó de ser el centro de atención de los historiadores franceses, porque consideraron que era psicológica, elitista, biográfica, cualitativa, ideológica y que se centraba en lo particular, además de que era narrativa y se abocaba al estudio de lo consciente y de las expresiones precisas y únicas. Todas estas características eran ajenas a los objetivos de la nueva orientación de la historia como disciplina, que buscaba estudiar e interpretar los condicionamientos sociales, a la sociedad global y a las masas que la integran, así como la materialidad social, lo inconsciente y la comprensión de los fenómenos históricos que se dan en la larga duración.

No obstante que la escuela de los *Annales* despreció la historia política, paradójicamente las aportaciones de esta corriente historiográfica permitirían, ulteriormente, el desarrollo de la historia política.

No hay duda de que la principal aportación de la escuela de los *Annales* radica en la renovación del marco metodológico del trabajo histórico así como de las técnicas de investigación; que ha enriquecido la historia con un arsenal de conocimientos, explicaciones, y conceptos aportados otras ciencias sociales, que, en el caso de la historia política han sido proporcionados por la ciencia política. Del mismo modo, dicha escuela ha aportado el empeño por abandonar la descripción de los hechos históricos para dar lugar a la interpretación y explicación de los mismos, así como la restauración en la concepción de tiempo y duración, es decir, el rompimiento con la idea de tiempo único y lineal, que fuera característico a la concepción causalista y evolucionista que había caracterizado a la historia. Esta es una de las aportaciones más importantes de la historia a las ciencias sociales (nos referimos desde luego a los conceptos de estructura, larga duración; coyuntura, movimiento periódico y tiempo breve, aportados por Braudel y Labrousse),

que repercutió a su vez, en el enriquecimiento de los enfoques de la historia política.

De tal manera que la historia política sufrió un trastocamiento al considerar el estudio de la voluntad humana en el tiempo breve, pero considerada dentro de los ritmos y duraciones propias de la coyuntura y estructura.

Como bien lo señala Leonor Ludlow:

han sido fundamentalmente Julliard y Barret Kriegel los autores que han insistido sobre la necesidad de ampliar la temporalidad de las expresiones políticas en la historia... ir más allá del tiempo breve... para lo cual han debido modificar la concepción de la política, al dejarla de observar como mero resultado de las intervenciones voluntarias, para situarla en el campo propio de la ciencia política.¹

Es decir, referir la historia política al estudio del Estado, o bien circunscribirla al análisis del poder.

El Estado y el poder, según esta concepción de la historia política, permitirán a la disciplina introducirse en una temporalidad que no se refiere sólo y exclusivamente a las rupturas, ya que es necesario reconocer en las formaciones políticas la diversidad de su duración y ritmo.

Julliard propone la introducción de nuevos problemas de estudio a la historia política —como son estudios de opinión, los regímenes de elecciones y compartimientos electorales, la formación y formas de lucha que manifiestan los grupos de presión, etc.— para lo que la historia política puede recurrir a técnicas de estudio de carácter cuantitativo.

Barret Kriegel plantea que el estudio de estructuras políticas como el Estado, debe realizarse a partir de la conjunción de los tiempos; es decir, del tiempo instantáneo y aquél de la larga duración. El autor señala que la historia

¹ Véase, Leonor Ludlow, "La historia política: controversia sobre la dimensión de temporalidad", en *Estudios Políticos*, núm. 4, *Historia y política, acontecer e historiografía*, vol. 6, oct.-dic. de 1987, pp. 17-24, Centro de Estudios Políticos, FCPyS. UNAM.

política como el resto del conocimiento histórico debe ser la ciencia del cómo y no del porqué; el estudio de los efectos y no de las causas. Según Barret Kriegel la historia debe tomar en cuenta el acontecimiento, tanto por lo que destruye y quebranta como por lo que introduce y desarrolla. Hasta aquí el resumen de lo que ha sido y es la historia política.

Creo que en el afán por seguir desarrollando una nueva historia política tanto los historiadores como los politicólogos deben establecer y proseguir un diálogo científico para enriquecer mutuamente sus disciplinas, toda vez que se ha reconocido y no quedan dudas respecto de la relación estrecha y fundadora entre el conocimiento histórico y el estudio de los fenómenos políticos. Hay que profundizar en el estudio de la historia desde una perspectiva política y usar la imaginación científica y el conocimiento histórico para el análisis del actuar político en la historia, lo que debe llevarnos a elaborar explicaciones, conceptos, definiciones e incluso categorías, que nos permitan, por un lado, acercarnos científicamente al conocimiento de los procesos históricos y, que por otro, nos ayuden a enriquecer la teoría y metodología de la ciencia de la historia. Labor que debe ser paralela al ejercicio de la valoración y revaloración de la teoría de la historia y la historiografía, que rescaten y desechen explicaciones y conceptos y supuestas verdades —“historiografías que no sirven para interpretar el presente y formas de interpretación del hecho político que no sirven para enriquecer nuestra capacidad de interpretación histórica”—,² pero que recupera en el conocimiento que nos permite entender mejor el pasado para comprender el presente y, en parte, para visualizar e futuro.

Dentro de esta línea de razonamientos es que considero y propongo que la historia política, debe dedicarse al estudio de los proyectos políticos que se han elaborado durante la gestación y desarrollo de los movimientos sociopolíticos a lo largo de la historia moderna, como una manera de tener una completa apreciación histórica de los movimientos sociopolíticos, tanto a nivel nacional como internacional.

Sugiero que con base al estudio de los proyectos políticos podemos rescatar a la historia como construcción, como obra del hombre y de los hombres. El

² Véase, Sergio Bagú, “Entrevista”, en *Estudios Políticos*, *op. cit.*, p. 49.

análisis de los proyectos no permitiría ponderar cabalmente el papel del individuo en la historia, en particular pero no solamente en los movimientos políticos que han transformado sensiblemente el desarrollo de las sociedades en los últimos siglos, esto es, de 1789 a la fecha. Estudiar los movimientos políticos desde esta perspectiva nos permitiría el análisis de los proyectos políticos que se han elaborado y propuesto en torno al poder y el Estado, dentro de lo que se ha llamado la modernidad, inaugurada, por supuesto, por la Revolución Francesa. Precisamente, este magno acontecimiento es una rica veta, susceptible de explotarse para ubicar y dilucidar los diferentes proyectos políticos que elaboraron y sustentaron los individuos y grupos que encabezaron a los movimientos sociopolíticos.*

A través del estudio de los proyectos políticos no sólo se puede ubicar los intereses, las aspiraciones y las propuestas en torno al poder y el Estado, sino que además puede esclarecerse las ideas y proposiciones que tuvieron los actores políticos acerca de la democracia, las instituciones políticas, los partidos políticos y la manera de crearlos y establecerlas en el futuro inmediato. Puede precisarse también el tipo de Estado y las formas de gobierno que adoptaría la organización política futura.

En principio, planteo que hay que estudiar las proclamas, los manifiestos y programas propuestos por los individuos y/o por los movimientos políticos, en determinado momento histórico, si consideramos que generalmente todo proyecto político es un programa, aunque no necesariamente todo plan o programa es un proyecto político.³

Algunas veces el proyecto político no es explícito, sino que puede estar implícito en una obra teórica o histórica, o en un trabajo analítico de determinado momento histórico, que es y debe ser objeto de nuestro estudio.

* Es pertinente señalar que concebimos a los movimientos sociopolíticos como aquellas fuerzas sociales y políticas que han suscitado luchas colectivas, que se han gestado y desarrollado en la historia. Desde nuestro punto de vista, todas las luchas colectivas llevan mezclado un movimiento político y un movimiento social al mismo tiempo. Conllevan y proponen, además, en algún nivel, una dimensión cultural, si no alternativa, por lo menos innovadora, crítica de lo existente; aunque desde luego, algunas veces dichos movimientos son conservadores, incluso, retrógrados.

³ Véase Pablo Trejo, "Notas aproximativas a la definición de proyecto político (historia y acción política)", en *Estudios Políticos*, op. cit., p. 25-30.

Podemos ubicar y estudiar a los movimientos sociopolíticos en la historia a través de sus proyectos, por lo que es fundamental considerar el proyecto político como un conjunto de lineamientos, de propuestas, que se plantean en un determinado momento histórico —coyuntura política o en una crisis revolucionaria— con la finalidad de transformar, reformar o reafirmar el estado de cosas imperante en una sociedad dada. De aquí que también es importante encontrar y estudiar tanto los proyectos establecidos como los reformistas y los revolucionarios. Hay que concebir que el proyecto político es resultado del estudio de un momento histórico y de una acumulación de conocimiento histórico, e incluso puede decirse que el proyecto político es una suma de proyectos individuales, de propuestas que se han elaborado en un tiempo orgánico.

Las propuestas se van acumulando en la coyuntura y son recogidas y retomadas por el individuo o por los individuos que van forjando el proyecto-programa de las organizaciones políticas y, por ende, de los movimientos sociopolíticos.

Es decir, siguiendo a Braudel un proyecto político va madurando a lo largo de la estructura, pero ese proyecto político se concreta con propuestas específicas en la coyuntura, por lo que deben rastrearse históricamente sus raíces.

En el tiempo coyuntural periódico, podemos decir, de relativa calma, el proyecto político se propagandiza como un conjunto de propuestas que pueden ser aplicadas a un futuro inmediato. En el tiempo corto, y en este momento, —hay que poner especial atención en el comportamiento de los movimientos sociopolíticos— el proyecto político se plantea como lineamientos inmediatos que deben seguir los movimientos sociopolíticos.

Aquí señalo que la coyuntura, más allá de lo planteado por Braudel, puede concebirse como una situación histórica que muestra los puntos límites en los que el rumbo del desarrollo histórico puede presentar virajes en su dirección, según sean las voluntades políticas y sociales existentes. La coyuntura, desde una perspectiva política, debe comprenderse como articulación entre los proyectos de diferentes fuerzas sociales:

Ello obliga a tratar de comprender este proceso como la dialéctica entre “constitución” y “des-constitución” (de los movimientos sociopolíticos, de las fuerzas políticas), que en sus proyectos en pugna constituyen la realidad y conformen el espacio para su reflexión teórica como creación cultural que implica conciencia y voluntad, reflexión y proyecto.⁴

En este sentido, la ampliación de la concepción de la coyuntura —en la que se elaboran los proyectos políticos y se redefinen y conforman los movimientos sociopolíticos— nos conduce, también, y como una manera de ahondar en la perspectiva política del estudio de la historia, a ampliar nuestra concepción de la política y lo político:

Esto es, dejar de ver a la historia como una serie de situaciones lineales que se suceden progresivamente con algunas disrupciones (dentro de una dinámica que induce necesariamente hacia el progreso) para entenderla como un proceso complejo de construcción de voluntades sociales, como un horizonte abierto de posibilidades hacia el futuro.

Significa también un esfuerzo por comprender a la política más allá del quehacer operativo que la confina a la esfera del poder, para aprehenderla como conciencia de la historicidad del momento, como construcción de proyectos resolutivos en el plano de las contradicciones inmediatas.⁵

En cuanto a lo político, podemos concebirlo como la articulación dinámica entre sujetos, prácticas sociales y proyectos, cuyo contenido específico en la lucha por dar una dirección a la realidad en el marco de opciones viables.

Creo que una ampliación en la visión de la historia, la política y lo político, permite ensanchar el horizonte de la historia política.

Así, también, propongo —y esto no es nuevo— que la historia política debe abocarse no sólo al estudio de los movimientos sociopolíticos y los proyectos que han resultado vencedores en la historia, pues ello sólo nos ofrece una

⁴ Véase, Hugo Zemelman, *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*, México, Siglo XXI-Universidad de las Naciones Unidas, 1989, p. 96.

⁵ *Ibidem*, p. 18.

visión histórica y una historia política parcial, sino que también debemos estudiar los movimientos sociopolíticos y los proyectos que históricamente o políticamente fueron derrotados. Con esto debemos entender, obviamente, que la historia es el resultado de fuerzas sociopolíticas vencedoras, pero también de fuerzas sociopolíticas vencidas; la historia es, pues, producto de proyectos políticos triunfantes, realizados, y de proyectos políticos derrotados y, por lo tanto, no aplicados.

En nuestra opinión, en algunos casos históricos, incluso los movimientos sociopolíticos vencedores incorporan a su proyecto demandas y propuestas y aspiraciones, enarboladas y sustentadas por los movimientos sociopolíticos derrotados, con miras a mantener y hacer más estable su dominio político futuro.

Sugiero que a nivel de la historia nacional, ésta es susceptible de estudiarse y reinterpretarse con base en la ubicación y dilucidación de los proyectos políticos que se han expuesto en los tres grandes momentos históricos de nuestro país: la Independencia, la Reforma y la Revolución. Es claro que ésta periodización es la más clara muestra de un tipo de historiografía, la historia política oficial, que, por cierto, se ha elaborado con el fin de justificar los proyectos y los éxitos de planes políticos y económicos de una clase social. Pero en tanto no se proponga otra —tarea que puede y debe enfrentar críticamente, la nueva historia política— los historiadores y politólogos estamos destinados a seguir indagando los asuntos históricos según esa periodización.

Si se considera lo antes dicho, el trabajo del historiador y del politicólogo, tiene entre sí en parte y en lo sucesivo, con miras a desarrollar la nueva historia política, un campo de trabajo extraordinario, un magnífico horizonte histórico por escudriñar.

El análisis de los movimientos sociopolíticos a través del estudio de los proyectos políticos en el pasado, permitirán a la historia política aportar y proponer proyectos para el futuro, diseñar —¿por qué no?— programas y planes para la construcción de una mejor organización política futura.

La historia política puede coadyuvar a señalar las orientaciones y trazar las perspectivas que, en cuanto a comportamiento político, puede seguir la

sociedad. Labor que no es acientífica ni utópica, si se considera que puede desenvolverse en íntima relación con la Ciencia Política.

Para desarrollarse, la historia política requiere del herramientaje teórico de la Ciencia Política, así como ésta necesita el vocabulario histórico de la historia como disciplina. Ambas doctrinas se alimentan y complementan.